

Elogio de la virtud

Praise of virtue

José Luis MORA GARCÍA

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

En forma de carta dirigida al amigo ausente se hace un elogio de la vida virtuosa y del conocimiento universal que brota de la cuna sencilla. No hay mayor apertura que el amor por la verdad y la tolerancia.

Palabras clave: Virtud, Vida, Filosofía

Abstract

By letter to died friend these pages are a righth life and open knowledge`s praise. There is not more open mind than the love to the truth and tolerance.

Keywords: Virtue, Life, Philosophy

Cuando supe que Julián Sanz del Río había nacido en Torrearévalo, provincia de Soria, comprendí la razón de por qué Krause y no Hegel. Ya sé que precisamente esta razón no figura entre aquellas de carácter histórico o filosófico que se traen a colación para justificar tamaña decisión que ha condicionado nuestro pasado en

ámbitos bien diferentes, pero algo debe de tener la tierra cuando de ella salen estos hombres. Permíteme –desde allá donde te encuentres– que recuerde tu filiación abulense para entender tu carácter y ese talante abierto que tanto agradecemos –dicho en presente– los que te hemos conocido.

Puede haber quienes nos digan que tal fundamentación recuerda al esencialismo noventayochista tan denostado y que poco tiene que ver el carácter con el paisaje y, menos aún, la apuesta por la libertad y la generosidad que han sido las metas de tu vida. Es posible que lleven razón quienes subrayan las exageraciones que tal teoría ha producido pero algo debe de quitar o dar la tierra, más bien esto último, para que hombres de lugares tan pequeños hayan mostrado tal afán de universalidad. Tu opción temprana no fue el idealismo krausista sino ese monstruo del pensamiento llamado Nietzsche en quien María Zambrano, allá por 1934, reconocía a “una mente genial que hizo de la *vida* la idea eje, fundamental, de una nueva moral, de una filosofía que sería la filosofía del porvenir.” Y esa aseveración le servía para reconocer que la filosofía habría de consistir en una concepción del hombre según la cual éste es una incesante actividad que depende “en gran parte de su *decisión*”. Y, claro, decidir significa optar por la libertad: libertad para decidir un quehacer; libertad y vocación desde la que entender el sentido de la propia libertad.

He preferido refugiarme en este tono más íntimo del texto, en forma de carta o epístola (como se diría más técnicamente), porque sólo en el susurro al oído puede mencionarse sin apenas acritud la enésima alusión a Zamora y sus mantas y porque no me queda ya, desafortunadamente, otra forma de hacerte llegar mis pensamientos. Cuando alguien habla de nosotros mismos, o sea, de los que habitamos en esta zona del sur europeo –aunque para disimular a veces lo hagan sólo de Unamuno y Ortega– pero bien has sabido que se refieren a todos los que habitamos por aquí abajo para justificar que sólo el ocasional oráculo se ha salvado de tanto casticismo. No sabemos cómo pero siempre alguien se autoexcluye de las consecuencias de haber nacido en Soria, Avila o Zamora por citar esos lugares bien castellanos que hemos compartido. Tú no sólo no lo hiciste sino que partiendo de Nietzsche o Bergson no dudaste en transitar por autores a quienes, al menos por cercanía, algunos pelos de la manta podrían habérseles quedado adheridos, en su eterno sueño de siglos de supuesta inacción. Frente a lo sostenido por Nietzsche, precisamente. Mas precisamente, también, tú has contribuido notablemente a demostrar que tal inacción no había existido. Y esto requiere no sólo sabiduría sino virtud.

A ella aludía Jovellanos al recordar la fatalidad que conduce a que “en nuestros institutos de educación se cuide tanto de hacer a los hombres sabios, y tan poco de hacerlos virtuosos”. María Zambrano, en cambio, fue muy clara al sostener que la virtud es comunicable, “que pertenece al reino de lo que puede aprenderse”. Y a este ejercicio has dedicado toda tu vida. Nos has convencido. Puedes descansar tranquilo. Es posible aprender la virtud y practicarla. Ser persona, nos has repetido con

Gracián en el último trabajo que te había leído, es lo importante: “Todo está en su punto y el ser persona en el mayor”. No cabe en verdad otra cosa.

Siguiendo esta máxima, quienes oponen virtud a eficacia tendrán que revisar su planteamiento si repasan tu biografía. No has sido filósofo de gabinete sino ejercitante de esa filosofía práctica que nos lleva a poner en pie revistas, o a mantenerlas con otros colegas aunque sea a contracorriente, a gestionar un departamento o ayudar con el mismo espíritu a que la Facultad de Filosofía se sostenga con dignidad. Poco cortesanos somos en esto los filósofos, quiero decir que apreciamos en casi nada las cosas que tienen que ver con la necesaria organización por la que se rigen nuestras relaciones en la universidad. Mas, también, has puesto en esto esfuerzo y hasta un punto de humano desengaño que te alejaste de divismos tanto o más que de hacer la puñeta a los próximos. La virtud en este punto ha alcanzado contigo el grado de la ejemplaridad. De donde se deduce, también con Gracián, que la virtud no es hija ni de la ingenuidad ni del orgullo pues, como recordabas con el teólogo aragonés, nace de ese comedido pesimismo que lleva a los que apechugan con ella, “aunque al principio les parece áspera y sembrada de espinas”, a terminar por hallar “el verdadero contento” y alegrarse por “tener tanto bien en sus conciencias”.

Como dice Fernando Savater en un momento de su libro *Palabras cruzadas*, “filosofar es contribuir en la medida de lo posible al mejoramiento y profundización del diálogo público”. Casi seguro que esto es así aunque no baste para ello, como se afirma un poco más adelante, que la filosofía sea una mera gimnasia del pensamiento sobre aquello que no admite conclusiones. He aprendido contigo y con otros que es posible al final saber más que al principio. Quizá sea esto lo que más aprecio del grupo a que pertenezco en buena medida compartido contigo durante tantos años. Si dialogamos es para conocer. Y para hacerlo progresivamente más y mejor. No creo que fuera otra la intención de Sócrates aunque las referencias de su tiempo limitaran ese proceso a llegar donde debía llegarse. Aún así había que llegar. La novela y el drama modernos han supuesto un avance grande en el significado del diálogo como instrumento de conocimiento horizontal de la realidad. Los personajes están obligados a esforzarse si quieren superar el error o la mentira y el lector o espectador debe colaborar al desentrañar significados en esa tarea de edificar una realidad no construida previamente.

No creas que es gratuita esta última reflexión. La traigo a colación porque Cervantes no te ha sido ajeno, como no lo ha sido para ningún filósofo, y el Galdós de *La incógnita* y *Realidad* lo has tenido próximo. Habrás de reconocer en esto la sensibilidad y el magisterio de Caty, buena galdosiana, pues Galdós es mucho Galdós. Desde luego mucho más de lo que ciertos filósofos han alcanzado a conocer. A veces, el puro ejercicio del pensamiento termina por convertirse en referencia de sí mismo y la virtud necesita de contenidos a los que dirigirse. Tan atento como estuviste al pensamiento alemán de la segunda parte del siglo XIX sabes que

la voluntad, el querer, diríamos nosotros, juega mucho en esto. Y *querer* significa hacerlo a otros hasta donde uno sea capaz. La dimensión de la virtud se mide por esta intensidad (debería haber dicho extensión pero ésta de poco sirve sin aquella) y en este sentido pocos podrán dudar de que has sido un hombre virtuoso pues es en la medida en que este querer se abre en círculos, cada vez más amplios, cuando la justicia es posible. Y la justicia es la mayor de las virtudes.

Mas hemos hablado de literatura porque eso nos libera de la engolada trascendencia, de ese moralismo que rezuman las filosóficas epístolas y nos permite rebajar el tono. Después de todo no me pasó por la cabeza elegir este género para dar lecciones sino a manera de interlocución libre de los rigores de jueces y doctores. Recordarás así –espero que mi palabra te llegue– que Cadalso en sus *Cartas Marruecas*, reflexión sobre España más que otra cosa, nos señalaba allá por la que ocupa el orden VIII, que la filosofía, “a fuerza de usarse esa voz, se ha gastado”, y llega hasta afirmar que “según la variedad de los hombres que se llaman filósofos, ya no sé qué es Filosofía”. Y no se para en barras con esta aseveración pues llega incluso a sostener que “no hay extravagancia que no se condecere con tan sublime nombre”. Bien está reconocer este carácter de la palabra pero me perturba mucho si fuera verdad lo sostenido sobre el uso.

Algo debe de haber habido a lo largo de los tiempos cuando Larra se despachó a gusto con su “delirio filosófico” intercambiando el papel que a su criado correspondería para volver a lo que sucedía en las saturnales romanas donde los esclavos podían decir las verdades a sus amos. Lo que el criado le (nos) dice es que inventamos palabras y lo que nos pasa es que, a veces, descubrimos que son palabras. Y que cuando esto ocurre nos enfadamos porque son palabras. Algo similar recuerdo haber leído en Borges y hasta en Goytisolo, en un viejo artículo titulado “¡Albricias filosóficas!”.

Para sostener tales radicalismos hay que ser tan lúcido como lo han sido estos escritores y ponerlo sobre el papel como ellos lo hacen. Me retiro en este punto a la modestia y a la consideración prudente que es donde debemos situarnos quienes cultivamos este viejo saber aunque heterodoxamente leamos a críticos tan acervos y por ello podamos hasta condenarnos.

Viene a cuento esta meditación porque habrá pocas personas que, en nuestro panorama filosófico, ejemplifiquen de manera más ecuánime y equilibrada la que representa tu trayectoria profesional frente a nuestro actual “estado de la cuestión” filosófico. Me refiero a España como lo hacía Cadalso. No podrán acusarte de haberte liado la manta *muñogalindiana* pues has estudiado con detenimiento y aprovechamiento, nos has dicho tantas veces tú mismo a tus propios alumnos que somos todos nosotros, a filósofos alemanes, franceses, ingleses y norteamericanos pero, además, y como mencionaba al principio, recuerdo siete u ocho intervenciones tuyas en el Seminario de Historia de la Filosofía Española. Es decir, que has tenido

la valentía –al menos así lo pienso yo pues otro pensará otra cosa como pasaba con la bacía del barbero– de transitar caminos cuya peligrosidad residía, ¿recuerdas? sencillamente en que no había tales caminos. Afortunadamente tú has contribuido decididamente a que tal juicio haya cambiado. Las nueve ediciones del Seminario Complutense que dirigiste forman parte de este esfuerzo, hijo por igual de la sabiduría y de la virtud, para erradicar el tópico de la anomalía histórica.

Permíteme –confío en que sigas ahí– que vuelva al juego para recordar que un sabio tan insigne como Montesquieu se equivocara gravemente al imaginar, dos siglos antes de que nacieras, tus gafas y bigotes y asentar sobre ellos esa rareza nuestra. Fue en la carta LXXVIII cuando refiriéndose a España y Portugal se acordó de anteojos y mostachos para reírse un poco de nosotros e inventar el “Spain is different”. Bueno, ya sé que muchos viajeros, románticos o no, se lo agradecieron y hasta el dueño del restaurante que hay en la esquina de la plaza teresiana de Ávila no habrá dudado en compartir la idea de la anomalía. Por cierto, no sé qué hubiera dicho Montesquieu de haber sabido que en la otra esquina, creo recordar, hay un McDonall. ¡A lo mejor eso nos hubiera normalizado ya! Pero volvamos a lo nuestro que es la filosofía y en este campo, desde luego, estoy convencido de que si pensaba en tus anteojos y bigotes se equivocó gravemente –él que se refería antes que nada a la gravedad– y eso es aún peor en un hombre tan leído como él que nos acusaba a nosotros de no leer nada y de ponernos gafas para disimular una vista cansada que de estarlo habría de serlo de otra cosa que no fuera ponerla sobre los libros.

Si hubiera podido conocerte habría cambiado, estoy seguro, parte de sus *Cartas Persas*, además de por lo que se refiere a los persas mismos, por lo que hace a bigotes y anteojos. Los tuyos, ambos, han reflejado el trabajo y la dedicación a la filosofía sin que hayas preguntado cuándo ha empezado tal normalidad filosófica que se reivindica para “el nuevo pensamiento filosófico en España”. Pero, habíamos quedado que en España ¿había o no había filosofía? Hijos del adanismo de algunos, tú lo has sufrido personal y profesionalmente. Esta generosidad tuya, ¿abulense? ¿catalana? ¿madrileña?, ha contribuido decididamente a hacerlo insostenible.

Mira por donde estas lecturas nos vuelven ocurrentes y de la ocurrencia nacen pensamientos que algún interés pudieran tener para comprender el auténtico valor de personas que han huido de normalizaciones u ortodoxias pero luego tienen dificultades para figurar en los catecismos que denuncian las tales ortodoxias.

No quiero fatigarte mucho más con estas líneas que hablan de ti, de mí y de otros como nosotros pero principalmente de lo que tú has significado para nosotros. Mas no me resisto a dejar de comentar un último asunto pues si estas páginas pretenden ser un elogio de la virtud que encuentro reflejada en tu vida, dedicada al estudio y a la enseñanza, no pueden olvidar el fondo de todo ello: la autenticidad. ¡Esta si que es una palabra sublime! Mas bajémosla del podio donde comparte lugar con los valores y coloquémosla en su particular lucha con las apariencias. Hagamos

esto no simplemente porque hayamos de remontarnos a Platón y a su teoría del conocimiento para justificar tal descenso sino porque hablando de Ávila y Zamora y Soria, y hasta de Segovia, la única forma de entender este asunto es enfrentándonos a la cuestión de las apariencias que no aparecen asociadas al error sino a la mentira. No es que salgamos del ámbito del conocimiento para adentrarnos en el de la moral, es que siempre estamos obligados a jugar con ambos.

Permíteme –sigues ahí, ¿verdad?– que vuelva a Galdós. Recuerdo un párrafo de *El caballero encantado*, novela que lleva un subtítulo inquietante quizá para la filosofía de todos los tiempos: “un cuento real...inverosímil” (ni siquiera me atrevo ahora a desentrañar lo que esto pudiera significar), que en forma de alegato suelta al lector: “Aquí vivimos de mentiras. Decimos que ya no hay esclavitud. Mentira: hay esclavitud. Decimos que no hay Inquisición. Mentira: hay Inquisición. Decimos que ha venido la Libertad. Mentira: la Libertad no ha venido, y se está por allá muerta de risa...” Fíjate, cuando leí estas palabras recordé la carta de Montesquieu y estuve a punto de creerle pero, luego, traté de ponerme las cosas en claro de otra manera.

Montesquieu asentó su crítica a nuestra actitud en las bases todavía naturalistas del XVIII (aunque con la tonalidad de un sociologismo incipiente) que, un tanto paradójicamente, resucitaron en el hiperpositivismo de finales del XIX. Desde este planteamiento, como Diego Núñez ha recordado en alguno de sus trabajos, una vez hecho el diagnóstico de la enfermedad ninguna terapia podría ser eficaz, si acaso aliviar al enfermo pero sin aspirar a la curación definitiva. Pero Galdós se pulió en el cultivo de la historia que nos enseña que las variables sólo pueden ser causadas por otras variables y no por constantes. Es decir, que nos es dado tener esperanza en la mejora y que aunque la libertad esté por allá muerta de risa, debemos luchar por traerla y así vendrá de verdad y no sólo en apariencia.

Estoy convencido de que es aquí donde la virtud se hace presente. De manera sencilla, pues cuando los valores tienen que ver con la vida de cada día siempre son así, pero con dificultad y riesgo no pequeños. No se proclama. Se ejerce. Y su cultivo nos libera de la autenticidad ingenua y fatua para exigir el trabajo de cada día y construir el edificio poco a poco. La lucha contra los mitos marca el ámbito de la filosofía pero ella misma no está libre de la contaminación ni dos milenios y medio de cultivo han sido suficientes. Más aún, quizá sea nuestro mundo el que ha diseñado la maquinaria más compleja de construir apariencias, de creer que la lucha por controlar la percepción de la realidad es más importante que hacerlo por la realidad misma. Recordarás el libro de Gómez de Liaño que ya cuenta con algunos años, *La mentira social*, donde se analizaban estas cosas con detenimiento.

Por ello la virtud está en riesgo permanente y exige comportamientos que no caigan en servilismos, quiero decir que no se vendan, y cuya dedicación lo sea al trabajo honesto por conseguir que el conocimiento tenga como meta mejorar las condiciones de nuestros semejantes.

Es inevitable la moraleja cuando se ha elegido este procedimiento para recordarte. No es que la haya buscado, es parte del género, el lenguaje que habla por nosotros dicen las modernas teorías. Tampoco me importa, porque cuando la palabra te lleva a la verdad debe ser, sin más, seguida. Y esto es lo que con sinceridad creo. Es la imagen que de ti me ha quedado tras quizá treinta años de habernos conocido. Y es mi agradecimiento.

Tan sólo debería poner una condición final para concluir ésta a modo de carta. Sin duda el momento más difícil cuando ha de terminarse una conversación con el interlocutor ausente. Si estuvieras por aquí te concedería la última palabra aunque fuera sólo por comodidad mas, en estas condiciones, debo asumirla yo.

Querido Luis, reconócame que ser de Avila es importante si te fueras a presentar como alcalde por ese municipio pero, siendo filósofo como eres, la cosa puede pasarse por alto y en paz. Lo digo para que no malinterpreten mis palabras del comienzo ni parte de tu propia trayectoria pues ya sabes cómo son los filósofos que puedan leer esto y no habiendo sido nunca nacionalistas ni grandes ni pequeños, algún Apocalipsis nos ha caído por haber leído a gente nacida por estos alrededores del Guadarrama y Ontígola, poco más al norte, poco más al sur, al este y al oeste. Ahora..., que como ser de Ávila es serlo, ya nunca dejarás de serlo incluso en la eternidad. No acierto a ser más metafísico. Peor fue lo de Antonio Machado cuando le escribía a María Zambrano y le pedía que recordara a su padre aquellos años en que frente al acueducto estaban convencidos, en la admiración al monumento romano, que era el único amigo que les quedaba en Segovia. Aquí sí que la metafísica se truncó. Mas su esfuerzo y otros muchos... y el tuyo nos permiten ahora a todos tener muchos amigos en esas y en otras ciudades sin pensar demasiado en fronteras. Desafortunadamente no podemos afirmar esto todavía sin tener alguna reserva. Pero mucho hemos avanzado por esta senda donde el carné es menos que ser persona y en la medida en que avancemos más por esta línea comprobaremos que en eso consiste el cultivo de la virtud. Es la escuela de ser personas. Lo aprendimos de ti. Un abrazo y hasta siempre, Luis.